

UN TESTIMONIO

DEL EXILIO ARGENTINO EN MÉXICO

Carlos M. Tur Donatti

El exilio comenzó para mí el 26 de agosto de 1976, hace ya unos 40 años; más de la mitad de mi vida ha transcurrido en México, y hoy si escribo de mi experiencia de exiliado en este país, lo hago como es natural desde una perspectiva muy distinta a la de aquel distante año. A mis raíces originales provincianas y argentinas, he agregado y/o combinado, no lo sé bien, otras raíces producto de mi vida mexicana. Quién tenga hijos mexicanos, haya tenido centenares de alumnos mexicanos y buenos amigos hijos de este país, ya no es el joven argentino que llegó en aquel año de 1976, es naturalmente otra persona, un argenmex, que combina y se enriquece con la experiencia vivida en ambos países, lejanos en la geografía como cercanos en el afecto personal y en la preocupación por la suerte de su gente de a pie.

Permítanme proseguir explicando las razones de mi alejamiento de Argentina. Yo soy hijo en términos políticos de los años sesenta, de un mundo comparado con el de hoy, próspero, agitado y cargado de expectativas. La militancia juvenil de aquellos años creía que se podía tomar el cielo por asalto y que el futuro estaba inexorablemente predestinado al socialismo. En 1961, siendo estudiante universitario en Rosario, participé en la creación de lo que fue en aquella década el Movimiento de Liberación Nacional, el MLN, parte de la nueva izquierda que surgía y comenzó como nacionalista de izquierda para autodisolverse en 1969 cuando se definía como socialista revolucionario. El Malena –como se le conoció en los ámbitos universitarios y de izquierda– procuraba elaborar y promover otra lectura del fenómeno peronista, lejana de la de los partidos de la izquierda tradicional argentina, el Partido Socialista y el Partido Comunista.

De la intensa y esperanzada militancia de aquellos años sólo haré dos menciones. La primera se refiere a la constitución de un frente electoral que formamos en 1961 en la provincia de Santa Fe con otros grupos de izquierda y un sector del peronismo revolucionario. Le llamamos Acción Popular por la Liberación Argentina (APLA) y llevó como candidatos para el ejecutivo provincial a Damián Martínez del sindicato vitivinícola y al metalúrgico Edmundo Fernández; ambos militantes del Peronismo Revolucionario de Acción Nacionalista (PRAN), y recuerdo que Martínez combinaba una radicalizada retórica peronista –propia de aquellos años– con citas y conceptos del maoísmo chino. El mérito

histórico de aquel intento fue la precursora alianza entre una fracción trabajadora peronista y los nuevos grupos de izquierda. Contribuimos así a romper un tabú tanto del peronismo como de la izquierda, al menos para los sectores políticamente avanzados.

La segunda referencia al Malena fue su prédica iconoclasta con respecto al antiperonismo comunista y el sostener la necesidad de construir una nueva izquierda, nacionalista y revolucionaria. Creo hoy, con toda modestia, que contribuimos a madurar las condiciones ideológicas y políticas para el surgimiento de movimientos juveniles radicalizados que comenzaron a actuar en torno a 1970. Es significativo recordar que estuvieron ligados al trabajo del Malena intelectuales reconocidos y de rica producción en el momento y posteriormente: los hermanos Viñas, Ramón Alcalde, León Rozitchner, Adolfo Prieto, Pico Vazeilles, Susana Fiorito, y algunas jóvenes militantes como Josefina Ludmery Beatriz Sarlo.

Para no hacer esta introducción más larga, diré que para inicios de 1976 era cesanteado como periodista en la Federación Agraria Argentina; gente de izquierda no les convenía en vísperas del golpe de Estado, aunque en los años anteriores redacté editoriales que firmaba el presidente de la Federación, Humberto Volando, y publiqué en la revista “Agro Nuestro” una historia de la colonización italiana de la pampa húmeda, en la que ponía a los pequeños y medianos agricultores como los hacedores de dicha transformación y no a los terratenientes criollos de apellidos tradicionales y propietarios de decenas de miles de hectáreas. En dichos años de 1975 y 1976 la represión era cada vez más sistemática y abierta, y las delaciones eran habituales. En la carrera de Comunicación de la Universidad Nacional de Rosario, donde dictaba una historia del periodismo –para ocupar esta cátedra me había avalado el Sindicato de Prensa dirigido por peronistas amigos– fui denunciado ante las autoridades universitarias por una ex compañera de militancia en el Malena, como “un marxista-leninista infiltrado e intolerable en la etapa dogmática de la Revolución Peronista”...

El país estaba gobernado por Isabel Martínez desde la muerte de Perón en 1974, el terrorismo criminal de la Alianza Anticomunista Argentina actuaba con total impunidad y la inflación desbocada desquiciaba la economía argentina y la vida cotidiana de las familias trabajadoras. El

golpe de Estado se veía venir inexorablemente y la muerte, desaparición o detención de gente cercana, obligaba a pensar con urgencia que había que irse de Rosario, pero ¿adónde? En octubre de 1975 me había encontrado en Buenos Aires con un amigo rosarino, perseguido político y ya exiliado en México, el historiador José Carlos Chiaramonte, que me convenció de abandonar el país. Quizás a Chiaramonte le deba que esté hoy aquí con ustedes.

Argentina como México había sido tierra de refugio de activistas y dirigentes políticos perseguidos. Víctor Paz Estensoro, el líder del Movimiento Nacionalista Revolucionario boliviano, apristas peruanos perseguidos, paraguayos opositores. Pero durante el lamentable gobierno de Isabel Perón, la 3A asesinó a parlamentarios uruguayos y al general boliviano Juan José Torres. Buenos Aires, en síntesis, se había convertido en una ratonera. Una tradición generosa moría y la próspera pero conflictiva Argentina nacional-desarrollista comenzaba a ser desmantelada a partir del fatídico 24 de marzo de 1976.

Como dije anteriormente llegué a la Ciudad de México en agosto de 1976, y el buen amigo Chiaramonte me esperaba en el aeropuerto. Viví mis primeros días mexicanos en su casa de Coyoacán, impactado por las dimensiones y el movimiento de la megaciudad, y en mis primeras caminatas me desconcertó la diferente numeración de las calles y la falta de bares en las esquinas. Mis referencias argentinas no tenían validez en esta intimidante ciudad sin límites para un provinciano recién llegado del sur. Recorrí admirado la Ciudad Universitaria y el Museo Nacional de Antropología, y comencé a comprender que mis lecturas sobre México en las bibliotecas rosarianas eran un insuficiente prólogo para el conocimiento de este país, generoso y abrumador.

Las recomendaciones de no salir a la calle con documentos de identidad me sorprendieron, acostumbrado al control policiaco-represivo que se vivía en Argentina. Caminaba por el sur de la ciudad, entre curioso e intimidado, y poco a poco me sentí distendido como superando el miedo inconsciente que vivíamos en Argentina después del golpe militar de marzo de 1976. Por recomendación de Chiaramonte, que trabajaba en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, conseguí mi primer trabajo: debía dirigir un seminario sobre América Latina contemporánea en el Instituto de Sociología de la Universidad Benito Juárez de Oaxaca. Pero no todo era en aquellos días lo que podía considerar un aterrizaje suave en la realidad mexicana. Las noticias que llegaban de Argentina eran cada vez más inquietantes y angustiosas: el secuestro de un amigo periodista en pleno centro de Buenos Aires y la muerte en Rosario de una pareja amiga militantes del PRT. Astiz, Cavallo, el Tigre Acosta, los artífices de la represión sistemática y genocida, estaban empeñados en cumplir los

objetivos del Plan Cóndor. En Oaxaca me impactaban negativamente las notorias diferencias sociales, la campaña antinarcóticos de la PGR en la que caían los campesinos cultivadores y, como muestra de las contradicciones oaxaqueñas, la actitud de una empleada bancaria que, al verme en la cola detrás de un campesino, me señaló para que lo ignorara y me acercara a su ventanilla; yo me negué y le hice notar que el campesino estaba antes que yo. Cuando tocó mi turno me preguntó de dónde era. Al responderle que venía de Argentina y en particular de Rosario, me miró con gesto simpatizador y dijo: “Claro, ahí nació el Che Guevara”. Le pregunté cómo lo sabía y me respondió que había leído dos biografías del Che. Contradicciones cotidianas de la vida oaxaqueña...

Los cuatro meses de trabajo en Oaxaca, aunque intensos y exigentes, contribuyeron a distenderme y en mis caminatas fui cobrando plena conciencia de haber escapado de la tortura y la muerte. Tuve además la oportunidad de asomarme al México profundo, recorriendo el interior del estado, apreciando sus diversos paisajes y la rica producción de los artesanos oaxaqueños.

A la Ciudad de México seguían llegando refugiados, muchos procurando digerir la derrota de sus organizaciones y arrostrando los naturales problemas de su inserción social y laboral. Era entonces inevitable la necesidad de refugiarse en pequeños ghettos, como expediente defensivo de la propia identidad y para cultivar, cuando se podía, algunos ritos nacionales, como el mate y el asado, siempre aderezados con críticas fundamentadas y una buena dosis de prejuicios. Argentinos, uruguayos y chilenos, con pocas raíces coloniales, nos desconcertábamos ante la exquisita y barroca cortesía mexicana, y los mexicanos a su vez nos veían como gritones y petulantes, cuando no racistas. Los sectores medios y académicos resintieron negativamente esta oleada de refugiados competitivos, aunque mezclados con el rechazo había actitudes de comprensión y solidaridad, algunas realmente conmovedoras.

Aquel dicho mexicano de “Donde comen dos, comen tres” se manifestó en múltiples ocasiones y se fueron anudando lazos de amistad con familias mexicanas y una paulatina aceptación de una cultura distinta, pero que tenía la ventaja de hablar la lengua que también era la nuestra. Nos podían confundir con gringos –cosas que no nos halagaba– pero al aclarar el equívoco en la lengua común, un taxista me respondió en forma inmediata: “Ah! Es uno de los nuestros, un latinoamericano; los gringos son otra cosa, están al norte”. Es que los taxistas simpatizaban con los argentinos y las argentinas, ¿pero con qué argentinos y argentinas? Con los jugadores de fútbol y las vedettes de las revistas musicales; con la conclusión de que las buenas piernas eran las mejores embajadoras de Argentina en México.

Al principio del exilio –eran los años 1976, 1977– en las caminatas por México y Oaxaca percibía un aroma agresivo, muy desagradable para mi gusto de aquellos días; descubrí finalmente que provenían de los molinos de nixtamal. Un par de años después, comiendo con mis compañeros mexicanos de la Dirección de Agroindustrias, terminé consumiendo media docena de tortillas a mediodía, y hoy no puedo comprar tostadas porque las devoro sin control.

En el sexenio de José López-Portillo (1976-1982) era relativamente fácil encontrar empleo en la burocracia federal. Es así que trabajé en tres secretarías de Estado; los jefes apreciaban a los exiliados en lo profesional y aseguraban personal que tenía 33 razones para no entrar en la grilla burocrática. En esos años viajaba en el Metro y vivía en la colonia Roma, donde no había los problemas actuales de inseguridad, prostitución y drogas. Era sin duda otra época y otro México.

No todos los exiliados se pudieron acomodar con facilidad, los hubo que buscaron trabajos en provincia o aceptaron tareas lejanas de su formación profesional. En los inevitables ghettos se cultivaba la nostalgia por el país perdido, la esperanza de que acabara pronto el horror de la dictadura y, como gesto de resistencia cultural, la crítica a aspectos de la sociedad mexicana, que por cierto eran muy obvios: la desigualdad social, los excesos del poder priísta y la antipatía hacia los extranjeros. Es más, había un aferrarse a costumbres y consumos que llegaban en ciertos casos a una caricaturesca “metafísica” de los raviolos y la milanesa. Pero una veta de humor autocrítico no faltaba: se contaba de aquel exiliado provinciano que llegó a Roma y consultando el directorio telefónico descubrió sorprendido que había muchos apellidos “argentinos”... El etnocentrismo exacerbado resulta una coraza y un arma defensiva ante los “otros”, ante usos culturales que no resultaba sencillo descifrar ni compartir. Sin embargo, a medida que fuimos solucionando las urgencias laborales y de la vida cotidiana, comenzamos a explorar los distintos paisajes y hábitos culturales de las regiones que integran este verdadero país– continente. El mar en Acapulco y Veracruz y las ciudades de origen minero como Taxco y Guanajuato.

En forma simultánea con la exploración gozosa de estos paisajes y nuestras obligaciones cotidianas, seguíamos con preocupación, cuando no con angustia, las noticias que llegaban desde Argentina. El aparato represivo seguía desmantelando las organizaciones culturales y sindicales, y con particular saña, a las maltrechas formaciones político-militares. El saqueo, la tortura y el asesinato masivo proseguían con tenebrosa eficacia y decidido ánimo genocida. Recuerdo que en 1976 el interventor militar de la provincia de Buenos Aires, general Ibérico Saint Jean, había proclamado estentóreamente, y el diario “La Nación”

lo consignaba en forma destacada, el objetivo de la guerra contrainsurgente: “Las Fuerzas Armadas van a exterminar a los delincuentes subversivos, a sus colaboradores, a su periferia, y aún a los indiferentes”. La locura criminal como programa de la dictadura militar-terrorista.

En 1978 viajé a Lima para encontrarme con mi hermano Alberto, veterano militante y sindicalista docente, para convencerlo de que saliera de Argentina. Un día antes de tomar el vuelo en Buenos Aires fue detenido con su mujer en Santa Fe y tuve que regresar a México para denunciar el secuestro. Fueron días perturbadores y angustiosos, en los que busqué apoyo y sugerencias entre los amigos exiliados que comenzaban a denunciar la barbarie contrainsurgente. Encontré, por otro lado, una invalorable actitud de solidaridad entre mis compañeros de trabajo en la Secretaría de Agricultura, entre las organizaciones mexicanas de Derechos Humanos y, dicho en homenaje a la verdad, una expedita simpatía del encargado de las relaciones internacionales del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación. Rápidamente envié dos denuncias del secuestro directamente al general Jorge Rafael Videla, en nombre del SNTE y de una organización internacional de maestros con sede en Berlín, de la que era miembro de la dirección. Lamento muy sinceramente no recordar el nombre de este solidario sindicalista (hace más de 35 años de estos hechos) pero quiero dejar expreso reconocimiento de la actitud ejemplar de este dirigente magisterial, una más de las muchas muestras de apoyo que recibimos de los mejores hijos de este país en aquellos trágicos años de derrota y exilio.

La política económica de la dictadura no estaba logrando los éxitos que José Alfredo Martínez de Hoz había prometido a los mandos castrenses y resulta hoy evidente que los militares hicieron el trabajo sucio de la represión, pero, con la perspectiva que da el tiempo, podemos afirmar que el patrón real, el auténtico jefe del proceso militar fue Martínez de Hoz. Prominente miembro de la gran burguesía argentina, abogado y terrateniente, ocupaba cargos en los directorios de las principales empresas del país y era mirado con beneplácito por el Departamento de Estado norteamericano y por el poderoso grupo financiero industrial de los Rockefeller. Si los Chicago Boys del dictador Augusto Pinochet inauguraron en Chile y el mundo la política económica que ahora se conoce como neoliberalismo, Martínez de Hoz la puso en práctica en Argentina al amparo del terror y el genocidio militar. Se buscaba eliminar la estructura económico-social montada a partir de los años treinta con énfasis en la industrialización, que el primer peronismo profundizó al conceder la *ciudadanía social* a los asalariados. El movimiento de masas en torno al justicialismo y los grandes sindicatos era visto por la patronal más concentrada y tradicional como el obstáculo estratégico a vencer para la expansión de sus intereses y el férreo control social y político del país. Esa tarea la inició

Martínez de Hoz y su equipo, destruyendo la industria volcada al mercado interno, lanzando a la desocupación y la marginalidad a centenares de miles de familias, para privilegiar la especulación financiera en beneficio de sus amigos y los bancos extranjeros. Aunque esté fuera del periodo temporal de que se ocupa este testimonio, conviene recordar que esa tarea destructiva la completó la gestión de Carlos Saúl Menem en los años noventa, para desembocar en la crisis de 2001, que puso en cuestión la existencia misma de Argentina como sociedad y estado.

A riesgo de caer en una larga digresión, resulta pertinente recordar la significación histórica de ese siniestro personaje que, en el obituario que le dedicó el diario “La Nación”, fervoroso partidario de su política durante la dictadura, consignaba que el Jockey Club de Buenos Aires le había prohibido ingresar al hipódromo de Palermo. Sus pares de apellidos tradicionales lo repudiaban como lo que resultó ser: un delincuente común, que murió en arresto domiciliario. A los grandes constructores del capitalismo norteamericano en 1900 –Morgan, Rockefeller, Carnegie– la voz popular los llamaba “los barones ladrones”; en Argentina, a su vez, a este señorón de la picana y la especulación se le recordará no por sus inexistentes logros, sino por la destrucción industrial y el terror político. Confieso que no puedo repetir, me niego a hacerlo, la frase con que finalmente lo despidió el periódico “La Nación”: “José Alfredo Martínez de Hoz descanse en paz”. No creo que en el infierno pueda gozar de ese inmerecido privilegio.

Volviendo al exilio argentino en México, era evidente que a principios de los años ochenta la dictadura que había demolido al país y asesinado a 30,000 personas, se mostraba incapaz de edificar un proyecto alternativo viable, y comenzaba a retroceder en el campo político. Esta coyuntura avivó la discusión entre los exiliados que agrupados en la Casa Argentina de Solidaridad organizaron dos mesas de discusión, una peronista y otra socialista. En la Mesa Socialista, en la que participaba por veterana adhesión ideológica, se volvía a plantear el tradicional dilema de la izquierda: ¿qué hacer en la nueva coyuntura que se abría? A la Mesa Socialista que presidía Pancho Aricó, como bonhomía irónica y autoridad consensuada, la discusión resultaba enriquecedora y en momentos enconada. Participaban intelectuales de peso: el Negro Portantiero, Néstor García Canclini, José Carlos Chiaramonte, Carlos Abalo. Procesando la derrota y procurando definirse en la apertura política que se vislumbraba, Portantiero resultaba el vocero de una línea social-demócrata en un análisis fundamentalmente político, que Carlos Abalo –economista prestigiado y asesor del ex-ministro Julio De Vido– descalificaba como “politicista” y ajeno a la realidad económica. Portantiero replicaba que el momento era fundamentalmente político y, en cierta ocasión, proclamó su simpatía por el candidato radical Raúl Alfonsín. Era

evidente en la Mesa Socialista el tono moderado de intelectuales que en los años sesenta y setenta habían estado profundamente comprometidos con un probable cambio revolucionario, por el que bregábamos todos desde diferentes trincheras. Las ilusiones habían muerto, estos intelectuales se replegaban teniendo en cuenta la correlación de fuerzas en Argentina y el mundo; vale recordar la coyuntura mundial en que emergieron los liderazgos conservadores del Papa Juan Pablo II, de la señora Thatcher y de ese cowboy del anticomunismo primitivo y el rearme acelerado, Ronald Reagan. En conclusión, los intelectuales revolucionarios de las décadas de 1960 y 1970 nos reciclamos en académicos progresistas y defensores de los derechos humanos y la democracia liberal.

La contrarrevolución neoliberal a nivel mundial y nuestra propia derrota en América Latina, prepararon un terreno abonado para las posturas posmodernas de escepticismo, descalificación de los cambios progresivos y repliegue al individualismo cerril y al consumismo hedonista. La contraofensiva neoliberal de los últimos cuarenta años ha destruido las bases sociales y políticas del modelo social-demócrata europeo y del nacional-desarrollismo latinoamericano, vaciado ideológicamente a los partidos y ofrecido una democracia de baja intensidad, que poco se preocupa por la marginalidad social y la destrucción ecológica. En Argentina, para concluir, el modelo neoliberal estalló en 2001 y desde 2003 se ha aplicado una estrategia neodesarrollista, que enfatiza en el mercado interno y en la inclusión social. En estos días, en medio de la crisis económica mundial, el modelo kirchnerista ha mostrado sus limitaciones económicas y políticas, y resultará un retroceso histórico que la experiencia iniciada en 2003 no pueda continuar más allá de 2015.

La derrota del kirchnerismo es un durísimo golpe a los movimientos y gobiernos progresistas en América del Sur, que en los últimos quince años se habían constituido en un verdadero bastión alternativo al neoliberalismo salvaje y al hegemonismo militarizado de Estados Unidos. Una nueva generación en toda América Latina está empeñada sin embargo en que esta regresión histórica no se concrete y, ante la crisis mundial del capitalismo neoliberal, vuelve a emerger en el horizonte la necesidad de una sociedad más igualitaria, justa y democrática, es decir, el renovado rostro de la irrealizada utopía socialista. 

Carlos M. Tur Donatti (Santa Fe, 1938). Historiador argentino, especialista en América Latina Contemporánea. Profesor-investigador del Instituto Nacional de Antropología e Historia y docente en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha publicado artículos y ensayos en revistas académicas y libros colectivos en Argentina, México y otros países latinoamericanos. Autor de *La utopía del regreso. La cultura del nacionalismo hispanista en América Latina y Eurocriollismo, Globalización e Historiografía en América Latina* (en coautoría con Hernán Taboada). Ha ejercido la docencia en las Facultades de Economía y Filosofía y Letras de la UNAM, la Escuela Nacional de Antropología e Historia, El Colegio de México y la Universidad del Claustro de Sor Juana.